

ORANDO CON LA PALABRA

(Segundo Domingo de Cuaresma)

“ Jesús tomó consigo Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús: “Señor, ¡qué bueno es estar aquí!. Si quieres, haré tres tiendas una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía:” Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadlo”. Al oírlo , los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándoles les dijo: “Levantaos, no temáis”. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: “No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.”

(Mt. 17,1-9)

En los inicios de este tiempo de Cuaresma, la Palabra nos presenta hoy una experiencia fundante en el proceso de personalización de la fe: el encuentro de Jesús transfigurado con Pedro, Santiago y Juan

Tras el desierto, Jesús se lleva a sus discípulos a la montaña. Les ofrece un espacio de silencio, de serenidad y de luz en el que contemplan su rostro transfigurado. Experiencia de encuentro en la que los discípulos perciben el “ya, pero todavía no”, de su presencia plena.

Desde la nube luminosa que los envuelve resuena la voz del Padre : “Este es mi Hijo amado, escuchadlo”. Escuchar supone acoger su Palabra y hacerla centro de nuestra vida . Supone dejarnos transfigurar en el encuentro con Él, y dejar que fluya toda la luz, todo lo bueno y transparente que hay en lo más genuino de nuestro ser; todo lo que ha generado de alegría, de ilusión y de compromiso su Presencia en nosotros.

Que en este proceso pascual, nos dejemos llevar a la “montaña”. Que encontremos espacios de silencio y quietud dónde vivamos la experiencia de su Presencia, que revitaliza y dinamiza nuestro vivir cotidiano. Desde ese encuentro que nos transfigura, bajaremos del monte con el rostro y los vestidos nuevos, transparentes, abiertos a escuchar y acoger la realidad, la nuestra, la de nuestros hermanos, especialmente la de todas las personas que sufren, compartiendo con todos la esperanza, de que algún día este mundo nuestro, ensombrecido por injusticias, violencia y muerte será transfigurado en Él.

ORACIÓN

En el ritmo agitado
de nuestro vivir cotidiano,
ante las presiones que nos inquietan
y el sinsentido de la violencia y la guerra,
que nos desconcierta y nos indigna,
necesitamos Señor, subir contigo

a la montaña.

Necesitamos espacios de encuentro
para respirar contigo el aire del Espíritu,
que nos ayude a integrar y serenar
todo lo que aún es sombra y desasosiego
en nosotros.

Necesitamos encontrarnos
con tu rostro transfigurado,
y dejar que transforme nuestras vidas
opacas y ensombrecidas,
en chispas, pequeñas pero vibrantes
que aporten ternura y sonrisas
que caldeen el corazón
y las relaciones.

Recordamos y agradecemos los momentos
en los que tu cercanía,
se ha hecho Presencia reconfortante ,
serenidad unificadora,
experiencia vital fundante,
que ha reactivado nuestra fe
y dinamizado la esperanza.
Que la experiencia luminosa
del encuentro contigo,
haga renacer en nosotros,
la ilusión y el compromiso,
también cuando la dificultad o las sombras
oscurezcan nuestros sueños.
Que ningún temor nos paralice,
que ningún fracaso nos derrumbe,
que la esperanza,
reverdecida en la montaña,
oriente e impulse nuestro caminar.

Queremos agradecer
desde la paz profunda
que nos envuelve en la montaña,
la vida que nos regalas,
la posibilidad de entregarla,
de recrearla cada día,
de saborearla en los proyectos
y los sueños compartidos.

Que fortalecidos en ti,
bajemos del monte
a la realidad cotidiana,
con actitud renovada
para asumir con ilusión
nuestras responsabilidades,
para encontrarnos con nuestros hermanos
con las manos abiertas
y la mirada compasiva.
Para abrirnos al mundo y compartir con él,
dolor, lucha y sueños.

En el misterio de la montaña
la voz del Padre resuena sobre Ti:
“Este es mi Hijo amado,
escuchadlo”.
Queremos escucharte en tu Palabra,
en los rostros
de los que caminan a nuestro lado,
en la realidad sangrante de tantas gentes
y tantos pueblos,
empobrecidos y en conflicto constante.
Queremos escuchar y anunciar tu Palabra
en nuestra sociedad cambiante,
que camina desconcertada,
que necesita nuevas formas
de vivir y de expresar la fe.

Queremos escucharte en el silencio,
dónde todo se funde en la unidad del Misterio,
dónde se gesta la vida y la esperanza,
dónde tu Presencia se hace llamada
y compromiso,
a compartir el caminar
de nuestros hermanos
hacia una Tierra reconciliada,
hermanada y fecunda,
por la fuerza de tu Resurrección.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

